

1

Esta es la historia de una noche que acaba con todo. De una noche detestable, repugnante, maloliente, abominable, odiosa. Como si todas las anteriores no hubiesen representado sino una especie de volcán expulsando pequeños gases, casi ilusorios, y originando temblores imperceptibles para el ser humano. Pero es ahora cuando llega la gran erupción magmática, exterminándolo todo. No debería contar el final, aunque quizá no exista, y el punto en el que alguien decide rendirse acabe convirtiéndose en un final inventado y, por lo tanto, real, aunque no impuesto. Empezaré entonces por el principio; por el principio de la noche quiero decir, porque no sabría hasta dónde remontarme si tuviese que buscar el origen de toda esta marabunta de sentimientos descontrolados e inefables que han acabado conmigo, o con lo que yo pensaba que era yo.

Karina tiene dieciocho años recién cumplidos y todos los hombres a los que para —y digo “para” porque reparte *flyers* conmigo en la puerta de la discoteca Los Rusos— desean acostarse con ella. Posee una especie de halo de ingenuidad mezclado con un erotismo bestial,

como si al rozarla durante tan solo unos segundos fuese a tener el primer orgasmo de su vida. Es un ángel sicalíptico, una visión realmente curiosa si pasas a su lado noches y noches y puedes apreciar toda la perversión del ser humano —no solo del hombre en realidad; también algunas mujeres la devorarían— en su estado más desenfrenado. Con esos labios gruesos, algo cortados, y una minifalda plateada de piel sintética me pregunta, al principio de la noche, qué planes tengo al salir de trabajar. Le digo que mis amigos están de viaje, de viaje psicodélico en mitad de la nada y de todas partes, aventura que comenzó hace unas horas y de la que yo no he podido formar parte por mi horario de trabajo, así que no tengo ningún plan al terminar mi turno. La bella Karina me mira desde arriba, con toda su frescura desbordante e hipnotizadora, y me ofrece la posibilidad de seguir con ella después de las dos de la mañana, hora a la que Los Rusos deja de necesitarnos. El nombre de este lugar tiene una historia curiosa detrás, la cual me contó un día su dueña, Odette Dupond, mujer parisina, corpulenta, de unos cincuenta y largos. Suele vestir de colores pasión y con complementos llamativos, como plumas o pieles. Se trata de una dama envejecida a la que perfectamente podría haber pintado Toulouse-Lautrec en su juventud. Bien, Los Rusos eran en realidad dos hermanos gemelos que habían conquistado a Odette haciéndose pasar por uno solo, dado que eran completamente idénticos —así lo narraba ella, pero hay que tener en cuenta que lleva un ojo de cristal desde los doce y que con el otro distingue poco más que la mancha de cada figura, por lo

que quizá esto influyese bastante en su capacidad para diferenciarlos—. Los gemelos lo habían hecho solo por diversión, como un juego que acostumbraban a llevar a cabo, pero tuvieron tan mala suerte que ambos quedaron prendados de la parisina, que no era solo una mujer casi invidente, sino también una amante voraz, salvaje e insaciable de las que no se encuentran tan fácilmente. Se vieron pues en una situación en la que, por miedo a perderla, no podían confesarle que eran dos en realidad sus pretendientes, y tuvieron que seguir turnándose su compañía durante días y semanas y meses hasta que el menor de los gemelos, por seis minutos y treinta tres segundos, no aguantó más el tener que ser solo medio, cuando en realidad era uno rebosante —y uno rebosante que bien podía valer por cuatro—, así que asesinó a su hermano y, claro, Odette acabó enterándose porque la policía lo descubrió todo. Cuando lo contaba se reía tanto que tenía que inclinarse ligeramente, apretando con la mano el estómago, y su rostro, deformado por el éxtasis, adquiriría una especie de mueca que podría asustar a cualquier niño que la contemplase en ese momento. Pero no, yo no quiero salir con Karina esta noche porque me encuentro sumida en un estado anímico extraño y desolador, siendo consciente de que lo único que tiene algún tipo de sentido es ir a casa y dormir toda la noche o unos cuantos meses hasta que todo haya pasado y entonces reencontrarme conmigo misma (no hay nada más placentero que reencontrarse con una misma, pero es imposible permanecer en ese estado demasiado tiempo... qué efímero es eso de ser alguien concreto). Lo que

ocurre es que tengo hambre, y ya quedó por escrito en el Dhammapada: *El hambre es la peor de todas las enfermedades*. El hambre hace que el cuerpo se coma a sí mismo. Pero sin hambre no ocurriría nada.

Hace un frío considerable, quizá dos o tres grados bajo cero, y yo he vuelto a no abrigarme lo suficiente para trabajar en la calle hasta las dos de la madrugada, llevando debajo de la enorme cazadora de cuero tan solo una camiseta negra de manga corta. La discoteca Los Rusos está en una pequeña callejuela sin salida que linda con una plaza bastante grande en el centro de la ciudad. La plaza, donde yo trabajo, se encuentra bañada por una luz naranja que suele restarle decadencia al lugar cuando ya lo único que queda por ahí es un par de borrachos desamparados. Hay vasos de cóctel rotos, algunos turistas volviendo a su hotel para descansar después de un largo día, jóvenes, carcajadas, un señor con chándal y sombrero elegante fumando en pipa. Les ofrezco la entrada a la discoteca a un grupo de cuatro chicos de mi misma edad, veinticuatro, a los que ya había conocido casi un año atrás en el extravagante y caprichoso mundo de la noche, y con los cuales lo había pasado divinamente bailando funky en varias ocasiones dentro de Los Rusos. Son, de izquierda a derecha, El Elegido, al que llamaban Ele casi siempre, un muchacho de origen marroquí que se dedica a pintar retratos hiperrealistas para familias adineradas, Roberto Sandemetrio; vestido para la ocasión con un traje de seda beige que poco deja a la imaginación; Bird, apodado así por su obsesión con el jazz, aunque en realidad no toca el saxofón sino la

trompeta —esto me pareció toda una estafa el día en el que me enteré—; y Pieldelobo, cuyo alias no viene sino de su apellido, un intento de director de cine nada loco que afirma que los contactos son todo y por eso siempre está en los bares, borracho, aunque tiene una borrachera absurda y poco brillante que no le ayuda en nada. Dicen que hoy no entrarán a Los Rusos porque van a otra fiesta, en casa de un amigo, y Roberto Sandemetrio, que lleva una enorme botella de vino blanco en el bolsillo interior de su chaqueta, me invita a unirme más tarde si me apetece y, para agradecerle la invitación, tengo la amabilidad de avisarle de que se ha manchado de semen uno de sus impolutos zapatos color verde oliva. *Pero te hace interesante, añado, como si la historia de esta noche la hubieses empezado tú con un prefacio pornográfico.*

La gente a la que intento embaucar sin demasiado esfuerzo para ser absorbidos por la oscuridad de Los Rusos resulta estar, como siempre, cada vez más ida, y van reptando hacia atrás, poseídos por una angustia enorme, queriendo regresar al útero. Hace ya meses que tuve por primera vez un momento epifánico que me llevo a la conclusión de que dentro de cada persona no había más que un animal, y que lo del humano no era sino un disfraz. De repente, por la acera contraria, una cucaracha y en el portal un zorro. Todos danzando alrededor de lo más primitivo, pero disimulando, disimulando... aunque ya ni siquiera puedo juzgarlos porque estoy extraviándome entre lo que fui y su cama. Su cama, un lugar increíblemente apacible en su día y hoy un campo de batalla en el que lo he perdido todo. Pero no puedo

detenerme, si me paralizado ahora quizá me quede así para siempre, en este punto que nada tiene de muerto pero menos aún de vivo. Es como una frase que escribió Beckett, *no puedo seguir, voy a seguir*, o como aquello que dijo Úrsula una vez, no quiero empezar a llorar porque si lo hago quizá inunde esta habitación en la que me he quedado encerrada y acabe ahogándome a mí misma. Nadie me conmueve tanto como ella porque suele perseguirle un sufrimiento del que es incapaz de disfrutar, de sacar nada. Pero, sin embargo, cuando lo que le ocurre es bueno, Úrsula se convierte en un ente increíble: exprime lo deleitable de la experiencia y se regocija en cada espasmo de placer que pueda escudriñar, lo apura, no deja ni un ápice. Siente una excitación tan monumental que se le escapa por los ojos, por la nariz, por la boca. Se retuerce y ríe llegando a una enajenación tal que piensas, buah, esa chica se merece toda la felicidad del mundo porque la sabe apreciar como nadie. Sin embargo, está maldita y la tragedia va una y otra vez tras ella: en los últimos dos años sus padres se habían visto obligados a cerrar la pastelería porque tenían muchas deudas, lo que derivó en problemas de pareja y, finalmente, en el suicidio de la madre. Sin embargo, cuando Úrsula explotó con aquello de que no quería empezar a llorar por si no paraba y se ahogaba, fue cuando se escapó su iguana.

Entro en la discoteca para coger algo de beber. Odette siempre nos dice que consumamos todo lo que queramos, con su voz noble y algo ronca de señora que ha vivido lo suficiente como para darse cuenta de que hay que ser buena, pero buena con mayúsculas (tiene una

bondad curiosa esa mujer, porque la despilfarra con desfachatez). Nada más entrar hay unas escaleras de chapa plateada que conducen al piso de abajo. Las luces giratorias rojas del interior contrastan con la inmovilidad de las del exterior, y la música —música de ultratumba— alimenta mi apetito desvelado de vivir de noche y morir de día. En el penúltimo escalón está sentado un chico que tiene la cabeza escondida entre las rodillas. Le pido a Alberto un ron con Coca-Cola y voy al baño, donde hay dos treintañeras esnifando *speed* y espero educadamente a que terminen para no molestarlas mientras siguen adelante con su ritual. En la puerta de madera alguien ha rayado con una llave la frase *vaya puta mierda de luna la de hoy*, que leo cada vez que me siento en el retrete. Al salir me parece verlo, pero no es más que una confusión óptica o una broma pesada de mi parte más cruel. La primera vez que estuve en el mismo espacio que él, tardé horas en saber de su existencia, y para aquel entonces me había estado observando hasta analizarme por completo. Semanas después me contaría su conclusión: yo era uno de esos seres que viven tan enfrascados dentro de su mundo que no son capaces de palpar realmente lo que hay en la otra parte, estando tan cerca... rozándolo, pero siempre desde el lado opuesto, desde el de lo intangible. En otras palabras, comprendió que yo estaba demasiado loca y eso, como también me confesó a continuación, le produjo un pinchazo enorme en el pecho porque significaba que nunca podría amarlo. Igualmente decidió presentarse. *Isaac Algora*, me dijo al oído para hacerse oír entre la multitud, y aquel chico flaco, con pómulos

marcados, nariz torcida y un lunar bajo el labio, tomó mi mano suavemente para besarla, sin perder el contacto visual. Entonces yo, que iba extremadamente ebria, me reí de lo arcaico de su gesto y le contesté besándolo en la boca durante unos cinco segundos, segundos en los que no sentí nada porque ni siquiera sentía mi propio cuerpo esa noche, pero que para él debieron de ser reveladores puesto que supusieron el principio de una sentencia que no sabría si describir ahora como maravillosa o aterradora. Isaac no volvió a aparecer hasta que ya casi amanecía, en la puerta de aquel *after* en el que se me había presentado horas antes. Enfrente había una pequeña tienda de electrodomésticos cuyo nombre, que ahora no puedo recordar, flotaba escrito con tubos de neón verde. Me fijé en las dos palomas que reposaban con los ojos cerrados en el balcón de al lado. Yo estaba poco menos que tirada en la acera, con la falda remangada y las medias negras rotas, dejando al descubierto la blancura de mis muslos. Por el suelo, esparcidas, se movían lentamente las hojas podridas a causa de la lluvia. Cada vez que alguien abría la puerta del local, salía una nube de humo y calor que me resultaba reconfortante. A mi izquierda tenía a Úrsula, hablando con un australiano que le sacaría cerca de veinte años —siempre le han atraído los hombres mayores—, el cual la había invitado a cervezas durante toda la noche, y a mi derecha, sentado también en el suelo, a Luis, que se entretenía quitándole la pegatina a una botella de Jack Daniel's, con aire sereno a la par que lánguido, minutos después de haberme dicho que parecía un vampiro, *con esa tez tan pálida y los labios rojos*. A

Luis, un muchacho bajito, sonriente y con pecas (parece medio irlandés), lo había conocido en mi primer año de facultad y en seguida congeniamos. Estaba plagado de minúsculos encantos, era como ir tirando y tirando de un hilo finísimo y que de él no surgiesen más que cosas bonitas. Creo que lo que le ocurre a Luis es que en algún momento llegó a la conclusión de que nada tiene demasiado sentido, por lo que dejó de darle importancia a casi todo. Esto puede resultar horrible, pero no lo es en su caso: parece tener la certeza de estar en un barco que se hunde y querer aprovechar sus últimas horas para regocijarse en todo lo fabuloso que tiene la existencia, pero sin perder la calma. Carece de cualquier vestigio repugnante, a veces huele un poco mal, como a alcohol y sudor de muchos días, pero me refiero a que no tiene nada infecto de verdad, y eso es algo que se puede apreciar perfectamente en su forma de mirar: solo ve lo bello de las personas y lo magnífica. Y de alguna manera no es más que su reflejo, pero él no se da cuenta. Cuando Isaac salió por la puerta, se percató enseguida de que yo estaba ahí. Él vestía entero de negro, como casi siempre. Sacó un cigarro del bolsillo de su chupa roída y empezó a andar hacia donde yo estaba, pero cuando levanté la mirada, en lugar de fijar la vista en mí, lo hizo en Úrsula. La verdad es que Úrsula resultaba en aquel instante bastante más llamativa que yo, con esos rizos gruesos y oscuros y toda su espontaneidad latente. Se encontraba apoyada en la pared, mostrando unas piernas largas y delgadas como una de las chicas de Modigliani, con los ojos cansados, por todas las horas sin dormir, fijos en

una baldosa, una baldosa rota. Había dejado de prestarle atención a aquel hombre de la cerveza que evidentemente no podía aportarle nada —y algo que tiene Úrsula es que cuando decide que una persona no le va a alimentar, no va a contribuir a avivar todo lo que está presente en su interior o en su exterior, el susodicho deja de existir inmediatamente—. Pues Isaac, en lugar de hablarme a mí, le habló a ella, y le pidió un mechero. Mi amiga se lo pasó, saliendo de su ensimismamiento. Él le dio un par de caladas al cigarrillo, haciendo como que contemplaba a un grupo de cinco muchachos que se reían del sexto de sus amigos, el cual casi no podía hablar. Pero en realidad lo que hacía Isaac era posar para una fotografía que yo debía capturar en ese momento mentalmente, desde abajo, como queriéndome introducir en la cabeza de una manera perspicaz y sutil aquella imagen, con el cielo empezando a clarear de fondo y su persona en un estado físico excelente, porque es verdad que las horas y todas las sustancias nocivas no tienen apenas poder sobre él. Después dio media vuelta para perderse en la calle, con esos andares que observé unos segundos, pero no más, y que puedo recordar con tanta nitidez que incluso parecen demasiado reales para no ser más que una evocación ebria.

Hoy no hay nadie porque nadie existe. Y el hecho de que él no va a aparecer, dado que ya no tiene ninguna intención de regresar cerca de mí, es irrefutable, así que no puedo seguir mentándolo porque cuanto más fuerza hago más se vuelve todo en mi contra y ¡ay! siento de nuevo ese dolor producido no tanto por un amor como

por el recuerdo de un amor. ¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así? Me termino la copa en el trayecto de los baños hasta el exterior y, cuando voy a salir de nuevo, Gus, el portero, me dice que hace frío, pero que ya me queda poco tiempo. Lo miro y me acuerdo de sus calzoncillos de seda con cactus bordados. Las minúsculas ganas de que otro ser humano me toque se comprimen en mi caja torácica pero le sonrío, porque Gus siempre tendrá un toque cálido que me transmite ternura. Me gustaría tener apetito de otros, sacarlo de alguna parte de mí que ahora mismo parece haberme abandonado, para perderme esta noche de sábado en su colchón de noventa, con los corazones completamente descubiertos y anhelosos... Después, despertarnos con esa luz de domingo por la mañana a la que no hay quien engañe. Pero si lo hiciese, si fuese capaz, podría al menos sentir que yo también puedo ser fría y así mi parte de mundo no me habría dejado atrás.